

Conéctate

CAMBIA TU MUNDO CAMBIANDO TU VIDA

EL PRÍNCIPE DE PAZ

Y la garantía de un mundo mejor

LA RAZÓN DE SER DE LA NAVIDAD

Quizá no había otra manera

UNA NOCHEBUENA DISTINTA

La satisfacción de hacer algo por los demás



Disponemos de una amplia gama de libros, casetes, compactos y videos que alimentarán tu espíritu, te infundirán ánimo, ayudarán a tu familia y proporcionarán a tus hijos amenas experiencias educativas. Escribe a una de las direcciones que se indican a continuación o visítanos en:

www.conectate.org

Conéctate
Apartado 11
Monterrey, N.L.
México, 64000

conectate@conectate.org
(01-800) 714-4790 (número gratuito)
(52-81) 8134-2728

Conéctate
Casilla de correo 14.982
Correo 21
Santiago
Chile

conectatechile@mi-mail.cl
09-4697045

Conéctate
Apartado Aéreo 85178
Santafé de Bogotá, D.C.
Colombia

conectate@andinet.com

Conéctate
Casilla 2005
Lima 100
Perú

RAYOSdeSOL@terra.com.pe

Activated Ministries
P.O. Box 462805
Escondido, CA 92046-2805
USA

activatedUSA@activated.org
(1-877) 862-3228 (número gratuito)

DIRECTOR
Gabriel Sarmiento

DISEÑO
Giselle LeFavre

ILUSTRACIONES
Étienne Morel

PRODUCCIÓN
Francisco López

Año 3, NÚMERO 12
© 2002, Aurora Production AG.
Es propiedad. Impreso en Tailandia.
<http://es.auroraproduction.com>

A menos que se indique otra cosa, todas las frases textuales de las Escrituras que aparecen en *Conéctate* provienen de la versión Reina-Valera de la Biblia, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1960.

a nuestros amigos



La Navidad suele sacar a relucir lo mejor de las personas. Es una época del año en que dirigimos la mirada hacia arriba en busca de paz y esperanza; hacia adentro en busca de los recursos que nos permitan amar y dar desinteresadamente, y hacia afuera en busca de reconciliación. En la Navidad, la mayor parte del mundo comparte un breve pero bendito momento de paz.

¿Qué sucederá, sin embargo, este año? Con tantos conflictos armados en todo el orbe, acuerdos de paz que se vulneran casi antes de haberse firmado y el espectro del terrorismo internacional, ¿nos queda algún argumento para creer que llegará alguna vez la tan ansiada paz?

Un simple vistazo a la situación internacional nos deja muy pocos motivos para la esperanza. Pero si ponemos los ojos en el Príncipe de Paz, Jesús, hallamos sobradas razones para abrigar esperanza y para infundírsela a los demás.

¿Qué puedes hacer tú para contribuir a la paz mundial? Al fin y al cabo, eres apenas una persona y tienes muy poca influencia, ¿no? Puede que no encabeces un ejército ni te sientes a la mesa de negociaciones donde se forjan acuerdos de paz y de reducción de armamento. No obstante, por medio de tus plegarias puedes alterar el curso de los acontecimientos. Con tu actitud y tus acciones puedes influir en los seres con quienes te relacionas. La letra de una canción que se hizo muy popular hace unos años lo expresaba en los siguientes términos: «Si cada uno encendiera una sola velita, el mundo entero resplandecería». Puede que no seas una luz capaz de alumbrar el mundo, pero al menos puedes iluminar el círculo en que vives. Eso está al alcance de cualquiera.

La redacción de *Conéctate* tiene para ti y para los tuyos un deseo: que Dios los obsequie con Su perfecta paz y haga de ustedes una bendición para otros durante esta temporada navideña... y siempre.

Gabriel Sarmiento
En nombre de *Conéctate*

Era la víspera de Navidad, pasadas ya las diez de la noche. Las luces decorativas propias de la ocasión alumbraban las calles de Bangkok.

Mi hijo y yo acabábamos de recoger tres grandes sacos de pan y bollos de la panadería de un hotel de cinco estrellas que suele donar lo que le sobra a nuestra familia de voluntarios cristianos. Por lo visto, la panadería había calculado con excesiva holgura lo que iba a vender aquella Navidad, pues nos entregaron mucho más que lo acostumbrado.

Mientras recorríamos las últimas cuadras en dirección a casa, recé en voz alta:

—Señor, ¿qué vamos a hacer con todo este pan? Es mucho más que lo que necesita una familia de cuatro personas.

No le llevó al Altísimo mucho tiempo responderme. Momentos después teníamos la respuesta delante mismo de nosotros: nos topamos con una joven portadora sentada en la vereda envuelta en andrajos. A su lado yacía un niño sobre una manta sucia pero cuida-

dosamente extendida.

Mi hijo metió la mano en uno de los sacos, del que brotó el aroma de pan recién horneado. Le entregó un pan de respetable tamaño, y ella inclinó la cabeza al más bello estilo de la tradición tailandesa. Cuando alzó el rostro, sonreía tras las lágrimas.

«Otro pan —me susurró una voz interior—. ¡Dale otro pan!»

El segundo pan fue recibido con una sonrisa aún más radiante que la primera. Para entonces, la alegría había borrado todo vestigio de desesperación de su rostro. A pesar de sus harapientas vestiduras la chica se veía verdaderamente hermosa.

Después de desearle cálidamente nuestros mejores augurios para la Navidad y el Año Nuevo, mi hijo y yo nos despedimos y partimos en busca de otros indigentes solitarios con quienes compartir nuestro pan. Como ocurre en la mayoría de las gran-

des metrópolis, mucha gente pobre pulula por las calles de Bangkok, aun a esa hora de la noche. Durante la hora siguiente, nuestra entrega de pan y deseos de felicidad a cambio de sonrisas se convirtió en un pequeño pero alegre ritual.

Con los sacos casi vacíos y el corazón rebotante, nos dirigimos a casa. Había sido una Nochebuena distinta para nosotros, pues cobró un sentido que no esperábamos. El hecho de brindar algo a los demás, aunque no fuera gran cosa, nos recordó el tema central de la Navidad: un obsequio —Jesús— que el Padre celestial nos entrega de todo corazón. •

Josef Gebhard es misionero de La Familia.



una nochebuena distinta

Josef Gebhard



La Luz miró hacia abajo y contempló las Tinieblas.
—Allí iré —dijo.
La Paz miró hacia abajo y contempló la Guerra.
—Allí iré —dijo.
El Amor miró hacia abajo y contempló el Odio.
—Allí iré —dijo.
Así, vino la Luz y alumbrió.
Vino la Paz y trajo sosiego.
Vino el Amor y dio vida.

Laurence Housman

el príncipe de paz

Los infaustos sucesos de años recientes han dejado numerosos interrogantes en la conciencia popular: «¿Por qué hay tanto dolor y luchas fratricidas? ¿Por qué la matanza de los inocentes? ¿Por qué tantos flagelos y pesares?» Las tinieblas son cada vez más densas y el frío más álgido. El sol se pone, cae la noche y el mundo busca un rayo de esperanza.

Esa esperanza está entre nosotros.

Hace dos mil años, sobre la ciudad de Belén, alumbró una nueva estre-

lla y un ángel de Dios proclamó a un grupo de pastores: «He aquí, os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor» (Lucas 2:10-11).

Aquella noche singular Dios nos concedió el obsequio más sublime que alguien pudiera ofrecer: Su Hijo, Jesús. Aunque llegó al mundo como una criaturita indefensa, trajo consigo los más excelsos dones de parte de Dios. Una vez que se hizo grande, los fue desarrollando de uno en uno, enseñándonos a amar a

Dios y al prójimo. Años después, al morir por nosotros, nos dejó el más grandioso de todos los obsequios: la promesa de vida eterna en el Cielo cuando nuestro tránsito por la Tierra haya tocado a su fin.

Jesús anhela envolver de paz el corazón de todos los hombres. Él ve la miseria, el dolor y la angustia de quienes tienen el corazón apesadumbrado. Ve a los débiles y a los que desmayan. Ve a quienes tiemblan de miedo ante el ayer y ante el provenir. Ve a los perseguidos y a los asolados por la guerra, a los despojados de toda esperanza y de una oportunidad de vivir en paz.

Él escucha nuestros lamentos y nos extiende la mano con amor. Nos ofrece una salida, una ruta de escape de nuestros conflictos internos, de nuestras pesadillas y de desesperanza.

«No se turbe vuestro corazón —nos dice—. Creéis en Dios, creed también en Mí» (Juan 14:1). «La paz os dejo, Mi paz os doy; Yo no os la doy como el mundo la da» (Juan 14:27). «En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, Yo he vencido al mundo» (Juan 16:33).

Si le extiendes la mano ahora, Él te conducirá a través de las tinieblas hacia la luz. Jesús vino al mundo a ofrecerte vida, paz y amor que no conocen fronteras, sin distinción de raza, religión, color de piel ni credo. Su amor y Su paz son para el momento actual y para la eternidad.

Él desea estar contigo en todo momento y acompañarte en toda penalidad y en todo trance. Quiere protegerte del mal. Ansía ser para ti una lumbrera cuando te envuelvan las tinieblas. Por muy sombrías que sean las circunstancias, siempre estará presente para ayudarte a sobreponerte a ellas.

Nunca dejará de estar a tu lado,

siempre estará presto a responder tus interrogantes, a guiarte e instruirte, a consolarte y animarte.

Aun cuando te veas acechado por el peligro, no tendrás por qué temer ni preocuparte. Si albergas el amor de Jesús en el corazón, pase lo que pase, Él cuidará de ti. Por muy oscura que sea la noche, Su luz te iluminará.

Jesús será tu más íntimo y entrañable amigo. Podrás hablar con Él en cualquier sitio, en cualquier momento, y Él te responderá. Te hablará al alma y te guiará en medio de las tempestades de la vida.

Jesús, el Príncipe de Paz, no solo transmite paz a tu corazón aquí y ahora, sino que cuando esta vida llegue a su fin, te llevará a Su remanso de paz. En Su reino celestial ya no habrá opresión, ni guerras, ni pobreza. No habrá lugar para el dolor ni las enfermedades. No cabrán los padecimientos los pesares y la muerte; solamente prevalecerán la paz y la abundancia para todos. El mal y las tinieblas no se atreverán a entrar allí.

Jesús te extiende la mano ahora. ¿Aceptas Su amor?

::

Si aún no has aceptado el don de la vida eterna y el amor que Jesús te ofrece, puedes hacerlo ahora mismo mediante la siguiente plegaria:

Jesús, quiero recibir Tu regalo de amor, un amor que satisfaga mis anhelos, que me permita iluminar la vida de mis semejantes y llevarlos a encontrar la felicidad verdadera. Te ruego que me perdones mis pecados y que entres en mi corazón como mi Señor y Salvador. Lléname, por favor, de Tu Espíritu Santo y ayúdame a dar ejemplo de Tu amor, para que se despierte también en los demás el deseo de abrirte el corazón y recibir Tu amor. Amén. •

Podrás
hablar
con Él en
cualquier
sitio, en
cualquier
momento,
y Él te
responderá.

UN REGALO ÚNICO

Mensaje de Navidad de Jesús para ti

¿Me permites que te acompañe mientras vas corriendo a la siguiente tienda?



¿Cómo van las compras de regalos?



El cansancio se te nota en el rostro.



¿Se te hacen pesadas las largas colas y las ofertas navideñas?



Te voy a contar un secreto. El mejor regalo de Navidad que puedes hacer a tus seres queridos no está en las tiendas a las que tienes pensado ir. Tampoco lo encontrarás en ninguna elegante boutique.

Es un tesoro muy valioso que está... en ti.



Todo el mundo sabe que el dinero no hace la felicidad.

Sin embargo, qué rápido se olvida eso durante las fiestas. Es muy fácil dejarse arrastrar por la fiebre de adquirir juguetes y aparatos último modelo y descuidar los gratos momentos que podrías pasar con tus familiares y amistades, ofreciéndoles el mejor de los regalos: el amor que hay en tu corazón.



¿Dónde están papá y mamá? De compras.



¿Te confío otro secreto?

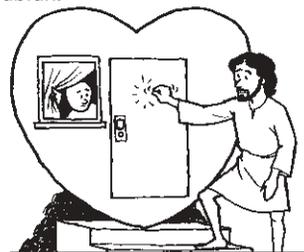
Aunque todo ese ajetreo es en honor a Mí —al fin y al cabo es Mi cumpleaños—, rara vez veo en las tiendas regalos que me interesen.



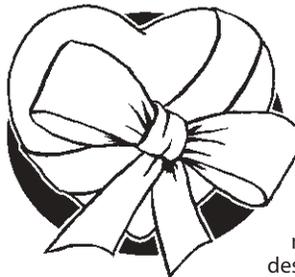
Es que poco me importan los aparatos nuevos, los juguetes, la ropa ni nada que se compre con dinero. El regalo que más me agrada es ese mismo que es tan valioso para tu familia y amigos: tu amor y tu amistad.

Sí, quiero un espacio en tu corazón. En serio. Me gustaría instalarme en él y no abandonarlo jamás. El mejor regalo que me puedes hacer es invitarme a tu corazón. Aunque fuerzas no me faltan, nunca derribo una puerta. Siempre aguardo que me inviten. Sencillamente llamo, con la esperanza de que me oigan y abran.

No es preciso que pongas regalos para Mí debajo del árbol. Puedes hacerlo para tus hijos y demás parientes, pues me gusta ver felices a las personas. Pero lo que Yo más deseo de ti y, de hecho, de toda tu familia es que me inviten a vivir en su casa.



¿Harás eso por Mí en Mi cumpleaños?



Me darías un día inolvidable. Tu corazón es un regalo de gran valor. Es precioso, y lo estimo mucho. Hay regalos que pasan de moda o se descomponen o desgastan con el tiempo; pero te prometo que si me regalas tu corazón, lo llenaré de cariño y amor para que sea eternamente joven.

Gracias por pensarlo. En cuanto me digas que sí, me presentaré en tu puerta con la sonrisa más grande que hayas visto jamás. No tienes más que decir esa palabra, y te prometo que nunca te decepcionaré.

Siempre a tu disposición,

Jesús

¡Bienvenido!



UN PERSONAJE SINGULAR

Jesucristo ha influido más en el devenir de la Historia y la civilización y ha hecho más por mejorar la condición humana que ningún otro dirigente, organización, gobierno o imperio anterior o posterior. Ha comunicado el amor de Dios a miles de millones de personas y ha hecho posible que todos cuantos crean en Él accedan a la vida eterna.

Jesucristo no es un filósofo más, un maestro, rabino o gurú como tantos otros. Es incluso más que un profeta: el Hijo del Altísimo. Dios, el gran Creador, es un espíritu omnipotente, omnisciente, omnipresente. Está totalmente fuera del alcance de nuestra limitada comprensión humana. De ahí que Jesús fuera enviado en forma de hombre para hacernos ver cómo es Dios y acercarnos a Él.

Aunque muchos grandes maestros se han explayado sobre el tema del amor y de Dios, Jesús es amor y es Dios. Nadie más murió por los pecados del mundo y resucitó. Como Él no hay otro. Es el único Salvador. Dijo: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Nadie viene al Padre, sino por Mí» (Juan 14:6). •

lecturas enriquecedoras



MOTIVOS QUE TUVO DIOS PARA ENVIARNOS A JESÚS

Retratarnos cómo es Él:

2 Corintios 4:4
Colosenses 1:13,15
Hebreos 1:3

Ayudarnos a conocerlo y entenderlo:

Juan 8:19
Juan 12:45
Juan 14:7-9

Propiciar el perdón de nuestros pecados, de modo que podamos reconciliarnos con Él y alcanzar la vida eterna:

Juan 3:16
Juan 1:29
Juan 10:10
Romanos 5:8
Efesios 2:4-7
1 Juan 4:8-10

ORACIÓN NAVIDEÑA

Henry Van Dyke¹

Padre celestial, nuevamente llega este día de gozo, coronando un año más con paz y buena voluntad.

Ayúdanos a recordar como es debido el nacimiento de Jesús, para que participemos del canto de los ángeles, la alegría de los pastores y la adoración de los magos.

Cierra las puertas del odio y abre las del amor por todo el mundo.

Que la gentileza acompañe a cada regalo, y los buenos deseos a cada saludo navideño.

Líbranos del mal por medio de la bendición que trae Cristo, y enséñanos a ser alegres y puros de corazón.

Que en la mañana de Navidad nos alegremos de ser Tus hijos y en la noche nos durmamos llenos de gratitud, perdonando y perdonados, por amor a Jesús. Amén. •

¹ Tomado de *A Treasury of Christmas Stories*.

LA RAZÓN DE SER DE LA NAVIDAD

Narrado por Keith Phillips

Érase una vez un hombre que no creía en Dios. No tenía reparos en decir lo que pensaba de la religión y las festividades religiosas, como la Navidad. Su mujer, en cambio, era creyente y criaba a sus hijos en la fe en Dios y en Jesucristo, a pesar de los comentarios desdeñosos de su marido.

Una Nochebuena en que estaba nevando, la esposa se preparó para llevar a los hijos al oficio navideño de la parroquia de la localidad agrícola donde vivían. Le pidió al marido que los acompañara, pero él se negó.

—¡Tonterías! —arguyó—. ¿Por qué se iba a rebajar Dios a descender a la Tierra adoptando forma de hombre? ¡Qué ridiculez!

Los niños y la esposa se marcharon, y él se quedó en

casa.

Un rato después, el viento empezó a soplar con intensidad, y se desató una tormenta. Observando por la ventana, todo lo que veía era una cegadora ventisca. Decidió, pues, relajarse sentado ante la chimenea.

Al cabo de un rato, oyó un golpazo; algo había dado contra la ventana. Luego, oyó un segundo golpe fuerte. Miró hacia afuera, pero no logró ver a más de unos pocos metros de distancia. Cuando la nevada empezó a amainar, se aventuró a salir para averiguar qué había golpeado la ventana. En un campo cercano descubrió una bandada de gansos salvajes. Por lo visto se dirigían al sur para pasar allí el invierno, y al verse sorprendidos por la tormenta de nieve, no pudieron

seguir. Perdidos, terminaron en aquella finca sin alimento ni abrigo. Daban aletazos y volaban casi a ras del suelo en círculos, cegados por la borrasca y sin rumbo fijo. El agricultor dedujo que un par de aquellas aves habían chocado con su ventana.

Sintió lástima de los gansos y quiso ayudarlos. «Sería ideal que se quedaran en el gallinero —pensó—. Ahí tendrían abrigo y resguardo durante la noche hasta que pase la tormenta». Dirigiéndose, pues, al cobertizo, abrió las puertas de par en par. Luego, observó y aguardó, con la esperanza de que las aves advirtieran que estaba abierto y entraran. Los gansos, no obstante, se limitaron a revolotear en círculos. No parecía que se hubieran dado cuenta siquiera de la

existencia del gallinero y de lo que podía significar en sus circunstancias. El hombre intentó llamar la atención de las aves, pero solo consiguió asustarlas y que se alejaran más.

Entró a la casa y salió con algo de pan. Fue partiéndolo en pedazos y dejando un rastro hasta el cobertizo. Sin embargo, los gansos no entendieron.

El hombre se empezó a contrariar. Corrió tras ellos para ahuyentarlos y empujarlos hacia el gallinero. Lo único que consiguió fue asustarlos más y que se dispersaran en todas direcciones menos hacia donde él quería. Por mucho que lo intentara, no conseguía que entraran al cobertizo, donde estarían abrigados y seguros.

—¿Por qué no me seguirán? —exclamó—. ¿Es que no se dan cuenta de que ese es el único sitio donde podrán sobrevivir a la nevasca?

Reflexionando por unos instantes, cayó en la cuenta de que las aves no seguirían a un ser humano.

—Si yo fuera uno de ellos, entonces sí que podría salvarlos —dijo pensando en voz alta.

Seguidamente, se le ocurrió una idea. Entró al gallinero, agarró un ganso doméstico de su propiedad y lo llevó en brazos, paseándolo entre sus congéneres salvajes. A continuación, lo soltó. El ganso voló entre los demás y se fue directamente al cobertizo. Una por una, las otras

aves lo siguieron hasta que todas estuvieron a salvo.

El campesino enmudeció por un momento, mientras le resonaban aún en la cabeza las palabras que había pronunciado hacía unos instantes: «Si yo fuera uno de ellos, entonces sí que podría salvarlos». Reflexionó luego en lo que le había dicho a su mujer aquel día: «¿Por qué iba a querer Dios ser como nosotros? ¡Qué ridiculez!» De pronto, todo empezó a cobrar sentido. Entendió que eso era precisamente lo que había hecho Dios. Nosotros éramos como aquellos gansos salvajes: estábamos ciegos, perdidos y a punto de perecer. Dios dispuso que Su Hijo se hiciera como uno de nosotros a fin de indicarnos el camino y, por consiguiente, salvarnos. El agricultor llegó a la conclusión de que esa había sido ni más ni menos la razón de ser

Nosotros éramos

como aquellos gansos

salvajes: estábamos

ciegos, perdidos y a

punto de perecer.

de la Navidad.

Cuando amainaron los vientos y cesó la cegadora nevasca, se acalló también su alma y meditó en tan maravillosa idea. Comprendió el sentido de la Navidad y por qué había venido Cristo a la Tierra. Junto con aquella tormenta pasajera, se disiparon años de incredulidad. Hincándose de rodillas en la nieve, elevó su primera plegaria: «¡Gracias, Señor, por venir en forma humana a sacarme de la tempestad!» •

LO QUE HIZO DIOS

¿Recuerdas alguna ocasión durante tu infancia en que deseaste algo muy vivamente y se te hizo interminable la espera, pero cuando por fin lo conseguiste, resultó ser mucho mejor que lo que esperabas? Pues eso mismo hizo nuestro Padre celestial con la Navidad.

Desde el principio de los tiempos, la humanidad había anhelado algo que llenara y encantara de verdad su vida. ¿Quién hubiera adivinado que ello llegaría disfrazado de un chiquitín nacido en un establo? Sin embargo, así precisamente ocurrió.

Dios veía todos los corazones que había creado y todas las almas que habría de crear, y sabía con exactitud qué necesitaba cada uno. Entonces tomó una parte de Su corazón, creó con ella la solución perfecta y la envió al mundo. Esa solución se llama Jesús.

Keith Phillips

regalos de amor



Un joven y prestigioso fiscal contó:

«El mejor regalo que me han hecho en la vida lo recibí una Navidad de manos de mi padre, cuando me entregó una pequeña cajita. Contenía una nota que decía: "Hijo, este año te regalaré 365 horas, una cada día después de la cena. Será toda para ti. Hablaremos de lo que quieras, iremos adonde quieras, jugaremos a lo que quieras. Será tu hora".

»Mi padre cumplió su promesa, y además la renovó de año en año. Fue el mejor regalo de mi vida. Yo soy el fruto de su tiempo».

::

Antes de la Navidad, un misionero que era maestro en el África había explicado a sus alumnos que para el cumpleaños de Jesús los cristianos se hacían regalos unos a otros como expresión de alegría.

La mañana de Navidad, uno de los nativos le trajo al misionero una concha marina de una belleza extraordinaria. Cuando éste le preguntó dónde había encontrado algo tan hermoso, el nativo le respondió que había caminado gran distancia hasta cierta bahía, el único sitio donde se conseguían esas conchas.

—Me parece maravilloso que hayas ido tan lejos a buscar este hermoso regalo para mí —exclamó el maestro.

Alegremente, el nativo respondió:

—Largo camino es parte del regalo.

::

No se trata de dar, sino de compartir, pues sin el dador, poco vale el regalo en sí. •

BESOS EN NAVIDAD

Hace algún tiempo, un amigo mío regañó a su hija de tres años por malgastar un rollo de papel de envolver de color dorado.

Resulta que la niña había intentado decorar una caja que quería poner debajo del árbol. La situación económica no daba para derroches, y aquel papel era costoso. Pese a ello, la mañana de Navidad la niña le llevó el regalo a su padre y le dijo:

—Esto es para ti, papi.

Primero se sintió incómodo por su exagerada reacción anterior. Sin embargo, volvió a perder la paciencia al comprobar que la caja estaba vacía.

—¿No sabes que cuando haces un regalo debes poner algo dentro de la caja? —la sermoneó.

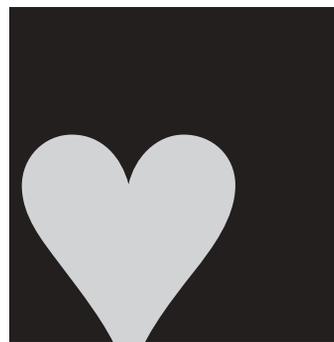
La niña lo miró con los ojitos llenos de lágrimas y le dijo:

—Papi, no está vacía. Soplé besitos dentro. Son todos para ti, papi.

Esas palabras fueron demoledoras para él. Abrazó a la nena y le rogó que lo perdonara. Me contó que durante años guardó aquella caja junto a su cama. Cuando estaba descorazonado, sacaba de ella un beso imaginario y recordaba el amor de la niña que lo había puesto allí. •

EL REGALO DE LA VIDA

Michael Palace



Todos los años, poco antes de Navidad, me toca acudir a la misma oficina a hacer unos trámites. Normalmente mi visita resulta muy fácil y placentera gracias a la ayuda de Judy, una de las chicas que trabaja allí. Siempre la he considerado un ángel.

El año pasado, al cabo de unos minutos de conversación, Judy prorrumpió en llanto. Su marido había vuelto a contraer cáncer. Ya le habían extirpado un tumor del hígado, y los médicos le auguraban poco tiempo de vida.

—Tomás tiene apenas 42 años —dijo Judy entre lágrimas—, y nuestros hijos son muy pequeños todavía.

La pobre estaba terriblemente angustiada por Tomás y muy preocupada por su futuro.

Recé con ella para que Dios le diera paz y para que sanara a Tomás, si era Su voluntad.

Judy me sonrió y me agradeció que me hubiera tomado la molestia de conversar y orar con ella.

Cuando la llamé por teléfono al día siguiente, me contó que a su marido le iban a practicar unos exámenes exhaustivos al cabo de unas semanas y que entonces tendrían una idea más precisa de cuánto tiempo de vida le quedaba. Quedamos en hablar más sobre el tema cuando fuera a su oficina a terminar mi trámite antes de Año Nuevo.

Varias semanas después, pasada ya la Navidad, todavía me daban vueltas por la cabeza algunos pasajes de *Venid, fieles todos* cuando me puse a buscar unas publicaciones para Judy y Tomás, concretamente unos folletos y un librito de reflexiones y promesas consoladoras para quienes aguardan la muerte y para sus allegados. Se titula *Vislumbres del Cielo*. Pensé que iban a necesitar que la Palabra de Dios les infundiera muchas fuerzas y aliento.

Al arribar a la oficina, Judy no estaba en su escritorio. Supuse que estaría con su marido. Sin duda en aquellos momentos él necesitaba más que ella estu-

viera a su lado que en la oficina.

De golpe entró, y al verme se le iluminó el rostro. Me explicó que en el último examen que le habían practicado a su marido no se había encontrado ningún rastro del tumor canceroso que los mismos médicos le habían mostrado claramente en la ecografía anterior, antes que orásemos por su curación. Había desaparecido por completo. Los doctores estaban perplejos.

Judy y Tomás se llenaron de euforia. Quisieron llamarme para contarme aquella estupenda noticia, pero no encontraron mi número de teléfono. Judy y yo dimos rienda suelta a nuestra alegría ahí mismo en la oficina.

Al mirar el ejemplar de *Vislumbres del Cielo* que todavía llevaba en la mano, me di cuenta de la poca fe que había tenido en que Dios respondería a nuestras plegarias. Me sentí un poco avergonzado por eso, pero a la vez muy feliz de que Dios hubiera concedido a Judy y Tomás un regalo de Navidad tan maravilloso: el regalo de la vida.

Tomás importa productos de repostería y le había encargado a su esposa que me obsequiara una bolsa de galletas en agradecimiento por haber rezado por él. En ese momento se me saltaron a mí las lágrimas. •

Michael Palace es misionero de La Familia en Taiwán.



Nyx
Martínez es
misionera de
La Familia
en el Sureste
Asiático.



Nyx Martínez

de la propia boca de papá noel

A mí nunca me cayó bien Papá Noel. Mis padres me enseñaron de pequeña que la Navidad estaba dedicada a Cristo, y yo siempre había creído firmemente en eso. Mientras otros niños se pasaban el mes de diciembre escribiendo cartitas a Papá Noel, San Nicolás, Santa Klaus o el Viejo Pascuero y sacándose fotos con el hombre vestido de rojo del centro comercial, yo no quería saber nada de aquel obeso impostor de barba blanca que al parecer le usurpaba al niño Jesús el sitio de honor que le correspondía.

Sin embargo, hace dos navidades una empresa artística me contrató para conducir un programa en el que iba a haber bailarines, acróbatas, cantantes de ópera, mascotas de personajes de dibujos animados y, cómo no, el invitado de rigor: Santa Klaus.

Así pues, irónicamente, me encontré en el escenario micrófono en mano cantando una canción absurda sobre la lista de regalos que preparaba Papá Noel para los niños, según se hubieran portado bien o mal.

«Ojalá se me ocurriera algo que hacer para que estos niños se acordaran un poco de Jesús en medio de todo esto», pensé mientras entraba en escena el Viejito Pascuero.

Traía consigo un enorme saco rojo cargado de regalos. Eso me dio una idea. «Quizá podríamos ofrecer un premio al niño que sea capaz de decir qué cumpleaños se celebra en Navidad».

Papá Noel se paseó por el luminoso escenario y luego bajó a saludar a los niños. Yo esperaba que se presentara mi oportunidad, pero no llegó. El director

del espectáculo me hizo señas para que apurase el programa y le pasase el micrófono al Viejito, quien dirigiría al público unas palabritas de sabiduría.

Me imaginé que fascinaría a los niños con relatos del Polo Norte y renos voladores. En cambio, les pidió que hicieran silencio, y con una simpática sonrisa dijo:

—Quiero contarles algo. Escúchenme con atención.

Se sentó en el escenario, y los niños lo rodearon, cada uno ansioso de ser el primero en recibir un regalo del refulgente saco rojo que llevaba.

—Nunca debemos olvidar por qué celebramos la Navidad —continuó—. Debemos recordar el verdadero motivo. ¿Sabían ustedes que no tiene nada que ver con las fiestas, ni la rica comida, ni los regalos? —Hizo una pausa, y con una gran sonrisa añadió—: Voy a dar un buen premio a los que me sepan decir qué cumpleaños celebramos en Navidad.

Todos los niños contestaron gritando a cual más fuerte:

—¡El de Jesús! ¡Es el cumpleaños de Jesús!

—¡Así es! —respondió Papá Noel—. ¡No se olviden nunca de orar y darle las gracias a Jesús por todo! —Y volviéndose a mí, agregó—: ¿No es cierto?

Sonriendo, asentí con la cabeza.

El programa había resultado perfecto. Al final, el verdadero invitado de honor había recibido Su homenaje. De la propia boca de Santa Klaus. •

Panajot era uno de los pintores jóvenes más prometedores de Bulgaria. Pero lo acusaron del homicidio de su mejor amigo —cosa que niega tajantemente— y lo sentenciaron a 26 años de presidio. Cayó en una depresión y se puso muy agresivo con los guardias de la prisión, que entonces lo privaron de sus lienzos y sus pinturas. Poco tiempo después, un amigo suyo le dio una publicación de La Familia, y comenzó a intercambiar correspondencia con nosotros.

Al llegar el año pasado a Bulgaria, presentimos que Jesús quería que visitáramos a Panajot en prisión. Aquello no era empresa fácil, puesto que se halla recluso en una cárcel de alta seguridad en la que las visitas están muy restringidas, sobre todo las de quienes no sean familiares de los internos. Finalmente conseguimos una entrevista de 15 minutos con él en una sala de visitas separados por una malla de alambre. Panajot se mostró muy agradecido de que hubiéramos ido, pues casi nunca recibe visitas. También nos agradeció profusamente todo el material de lectura que le habíamos enviado, sobre todo la revista *Conéctate*.

La Navidad pasada nos pintó una tarjeta de Navidad con el siguiente mensaje (traducido del búlgaro):

Querida Familia:

Quiero que sepan que su obra de llevar el Evangelio a los perdidos, sus hermosas cintas de música y las publicaciones que me envían han contribuido mucho a sanar mi alma. Aunque el proceso de superar mis angustias y desesperación es lento, lo que ya han hecho por mí me ha servido una enormidad. Hasta que llegaron ustedes, nadie había podido llegar a mis sentimientos. Los barrotes y los muros de la cárcel me aprisionan, pero por medio de sus publicaciones soy libre en espíritu. «Si el



estuve en prisión, y me visitasteis

Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres» (Juan 8:36).

Les agradezco todo lo que han hecho por mí. Veo en cada uno de ustedes a mi familia y estoy feliz de contar con hermanas y hermanos que me quieren tanto y se interesan tanto por mí. Mientras escribo esto, se me caen las lágrimas; pero son lágrimas de alegría y gratitud por haber encontrado a gente que piensa tanto en mí que me escribe y me visita.

Panajot

Panajot recibió un regalo de Navidad anticipado este año. En julio el tribunal de apelación anuló su condena, y quedó libre.

Rumiana es misionera de La Familia en Bulgaria.



UNA NOCHE EN-TREN-TENIDA

Scott McGregor

Fue una noche
increíble en
varios sentidos.

Jack se sentó en el frío vagón y se caló la gorra, tapándose las orejas. Junto con el resto de los pasajeros, llevaba varias horas varado, luego que la locomotora de vapor y el primer vagón del expreso descarrilaran donde el diablo perdió el poncho. No quedaba otra que esperar a que llegaran a auxiliarlos. Corría el año 1959, y era pleno invierno y muy entrada la

noche. No había calefacción ni luz, aparte de unas pocas linternas que tenían el revisor y algunos pasajeros.

Sabía que pasaría algún tiempo hasta que en algún punto del recorrido alguien notara que el tren no llegaba y diera la voz de alarma. Se enviarían cuadrillas de rescate, si bien con cierta precaución. Podría enviarse un tren, pero con suma cau-

tela, ya que era posible que se encontrara más adelante con un convoy atrasado corriendo en dirección opuesta. El sistema de señalización en aquella parte de la línea era anticuado. Jack lo sabía, porque era muy aficionado al mundo del ferrocarril. Llegó a la conclusión de que la búsqueda empezaría al rayar el alba.

Una vez que el tren se hubo detenido con un movimiento brusco, él y otros pasajeros se bajaron del mismo como buenamente pudieron. La locomotora y el primer vagón habían quedado atascados en un grueso terraplén de grava, aunque no volcaron. Providencialmente, no hubo víctimas mortales. Eso sí, el maquinista y el fogonero resultaron con graves lesiones en la cabeza.

A fin de que pudieran soportar mejor aquella gélida noche, los llevaron a uno de los vagones, en compañía de los pasajeros, algunos de los cuales también estaban heridos. La sensación general era de impotencia y temor, ya que todos sabían que eran escasas las posibilidades de que los rescataran antes del amanecer.

Entonces alguien se puso a cantar en el vagón de Jack. Era un antiguo tema de Vera Lynn, muy popular durante la Segunda Guerra Mundial, *The White Cliffs of Dover*. Al poco rato, todos los pasajeros

del vagón lo cantaban con él. Cuando terminaron, alguien entonó otra canción.

«Cantamos toda la noche —recuerda Jack—. Daba igual qué canción: temas populares, de comedias musicales, himnos de iglesia y hasta villancicos. La idea era no dejar de cantar. Nos mantuvo con buen ánimo. Se nos juntaron pasajeros de otros vagones, y nos apiñamos tanto como pudimos para calentarnos. Casi nadie se conocía, pero todos éramos compañeros de infortunio y nos animábamos mutuamente.

»Constituíamos un grupo de lo más variopinto. Había reclutas que volvían de un permiso, familias jóvenes, varios ancianos, incluso algunos individuos a los que uno de noche procuraría no acercarse. Se derribaron todas las barreras sociales. En el momento del accidente, Clifford —después me enteré de que así se llamaba— desahogó su frustración con una retahíla de palabrotas y groserías como nunca oí en la vida. No obstante, fue él quien rescató al maquinista, lo llevó a cuestas hasta nuestro vagón y lo cuidó toda la noche como una especie de ángel enfermero. Era un verdadero diamante en bruto.

»He sido muy dado a juzgar por las apariencias, y en el caso de Clifford tengo que reconocer que me equivoqué, como probablemente me

pasó tantas otras veces. Nada como una catástrofe para sacar a relucir las mejores cualidades de una persona.

»Fue una noche increíble en varios sentidos. No tardé en entablar amistad con muchos de los presentes. Casi lamenté que llegaran las cuadrillas de rescate a primera hora de la mañana».

Aquella fatídica noche, Jack y los otros pasajeros trabaron una amistad que duró el resto de su vida. Resolvieron reencontrarse cada año en la fecha del accidente. Jack fue a la boda de todos y al entierro de algunos. Clifford se hizo camillero de un hospital y más tarde se integró a un servicio de ambulancias. Había salido de la cárcel pocas semanas antes del descarrilamiento. Aquella noche se dirigía a una ciudad donde tenía pensado ajustar cuentas con varios ex amigos. En un encuentro que tuvo lugar años más tarde le confesó a Jack: «Aquel accidente evitó que arruinara toda mi existencia».

La vida de Jack siguió adelante. Entre otras cosas, llegó a ser mi padre. Se podría decir que no logró nada muy destacado, pero lo ocurrido aquella noche le dejó una enseñanza que jamás olvidó y que le gustaba contarme. A veces, las experiencias más sombrías resultan ser las mejores de la vida y pueden ayudarnos a forjar las amistades más profundas. •

El árbol de Navidad

Amanda White

Contemplando la hermosura de un árbol de Navidad, me pregunto: ¿Qué significa ese abeto para mí?

El árbol de hoja perenne simboliza a Jesús, que vive inmoviblemente en mi corazón. No muere en el invierno de mis dificultades, sino que siempre me acompaña.

La estrella en la copa del árbol es como aquel lucero inolvidable que alumbró el camino hacia el humilde pesebre –primer hogar de mi Salvador– hace más de dos mil años. Me recuerda, asimismo, que mire siempre hacia arriba, que en todo momento hay una estrella emisora de esperanza, aun en mis noches más oscuras.

Los adornos simbolizan todo lo que es bueno y me colma la vida de alegría y variedad. No es con suficiente frecuencia que dedico tiempo a agradecer a Dios los bienes y favores que me concede, e incluso las circunstancias tristes y los momentos difíciles que han hecho de mí quien soy hoy en día. La vida no sería vida sin el contraste entre la alegría y la tristeza, el bien y el mal.

¿Y las luces de colores? Me recuerdan lo que hace Dios para iluminar mi camino por la vida. «Lámpara es a mis pies Tu palabra, y lumbrera a mi camino» (Salmo 119:105). No tengo motivo para sentirme sola jamás.

Por último, los regalos al pie del árbol simbolizan los que yo le hago a Jesús. Al fin y al cabo, es Su cumpleaños. Los regalos de mayor valor son los regalos de amor: tiempo, amistad, compañía, generosidad, perdón y comprensión. Cada vez que entrego de corazón algo a los demás, le hago un obsequio a Jesús.

Lo más importante de la Navidad no son los regalos que se hacen, sino el amor que se brinda. Esa es la esencia de la Navidad.